

ALFAGUARA



La cacería

Alejandro Paternain

Corsario: Dícese del que manda una embarcación armada en corso con patente de su gobierno.

Curso (del latín *cursus*, «carrera»): Campaña que hacen por mar los buques mercantes con patente de su gobierno para perseguir a los piratas o a las embarcaciones enemigas.

(Del *Diccionario de la Real Academia Española*)

«*Las Indias Occidentales están llenas de corsarios.*»

Times (Londres, 16 de abril de 1817)

Corsarios uruguayos

Ésta es una novela singular, que cuando fue publicada aún resultaba insólita en la literatura contemporánea en lengua española. Una narración de aroma deliberadamente clásico, perfecta para lectores aficionados al mar; de ésos que, con la imaginación, todavía son capaces de viajar en la *Hispaniola* a la isla de los piratas, arponear ballenas a bordo del *Pequod* o combatir penol a penol en la *Surprise*, entre cañoneos y astillazos. Pero también es una historia perfecta para quienes consideran que abrir las tapas de un buen libro es franquear una puerta hacia la vida y la aventura. Así que una recomendación previa: quienes no sientan el escalofrío anticipado que hace batir de expectación la sangre en las venas lectoras, el encanto de las páginas con olor a mar y a pólvora, noches de guardia bajo las estrellas, rumor de velas hinchidas por la brisa allí donde empieza la única verdadera libertad del hombre, a cincuenta o cien millas de la costa más cercana, pueden navegar hacia otra clase de novelas, todas perfectamente honorables, y dejarnos tranquilos aquí, entre colegas, con nuestros esqueletos en el cofre del muerto y nuestra botella de ron.

La cacería cayó en mis manos por casualidad en 1996. Estaba en Montevideo, buscando el hotel desde donde el espía británico ve al *Graf Spee* hacerse a la mar en *La batalla del río de la Plata*, cuando la casualidad puso un ejemplar en mis manos. La novela y el autor me eran desconocidos, pues Alejandro Paternain nunca había sido publicado en España; pero el asunto me fascinó desde el principio: primer tercio del siglo XIX, corsarios, una persecución clásica en el mar. Aventura, historia, navegación, se daban

feliz cita en aquellas páginas, que además estaban extraordinariamente bien escritas. Me gustó el título, me gustaron las páginas que leí por encima, me llevé el libro al hotel y lo acabé completo en tres horas. A la mañana siguiente cogí el teléfono, hice unas pesquisas editoriales —supe entonces que el autor tenía 65 años y había escrito otras tres novelas—, y llamé a Alejandro Paternain a su casa. Oiga usted, dije. No tengo el gusto de conocerlo, pero estoy a sus órdenes, comandante. Ya no se escriben novelas como ésa, y me habría encantado firmarla yo...

Extracto del prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Mayo de 2012

Cuaderno 1

Primavera en la costa



Azotan chubascos desde la mañana, sale el sol en intervalos, refresca el viento. No había imaginado primavera tan desapacible ni pamperos que soplasen con tanta energía a mediados de octubre. Una razón más para no confiar en los manuales de navegación, o para rectificarlos hora tras hora. El teniente Kingsbury me ha sugerido tomar varias manos de rizo y evitar el ángulo crítico de las escoradas. ¡Precavido Kingsbury! No hallaré segundo mejor aunque rebusque por los siete mares. Cuida antes que nada el bienestar de la tripulación y sabe que las escoradas revolverán el estómago a más de cuatro. Pero no tomé manos de rizo; ni una sola. Y Kingsbury, siempre flemático, se contentó ante mi negativa. Por suerte no tuve que gastarme en explicaciones y me entendió sin que yo despegase los labios, salvo para gritar, desde la toldilla: «¡Con todo el trapo!». ¿Cómo dominar a ochenta individuos sin demostrarles que el capitán tiene los cojones bien puestos? Navegamos a quince nudos; y me gustaría que la corredera marcase más, aunque la goleta lleve su amurada de babor semisumergida. Sé que pronto asomará en la puerta de mi cámara el negro Bob, y que, con todo su aparatoso respeto, me dirá: «Señor capitán, hay seis marineros de descanso en el sollado, con mareos y vómitos, ¿no cree que debiera verlos el cirujano?». Y yo, fingiendo que he oído mal por culpa del viento, que silba ante la puerta entreabierta, responderé: «No traigo cirujano para curar flojos. Prepáreles uno de esos caldos con que resucita muertos».

Y me acercaré después a la puerta para ver a Robert Ficht trasladando su gordura por la cubierta inclinada

y metiéndose por la escotilla en derecha al fogón. Buen hombre este jamaicano, de lo más noble y leal que llevo a bordo. Si es cierto que los dos pilares del poder en un barco son el capitán y el cocinero, comparto gustoso el privilegio con ese Bob que me acercó Lewis Clayton, dos jornadas antes de zarpar de Baltimore, en los muelles de Fells Point, subrayando que si el cocinero no me servía, renunciaría a su función de oficial de reclutamiento. Ni Clayton renunció, ni Bob me defraudó durante la travesía hasta Buenos Aires, ni en la estadía en ese puerto, ni después, cuando fondeamos en la costa de la Provincia Oriental, quince millas al oeste de Colonia.

Salgo de mi cámara, me acerco a la corredera, pregunto «Señor Clark, ¿cuántos nudos?»; y el piloto, sin ocultar su emoción, responde «¡Dieciséis!». Es más de lo que hubiese supuesto. Mis informes catalogaban al Plata como zona de navegación riesgosa: bancos traicioneros, canales veleidosos, con el agravante de una defectuosa señalización de las cartas, oleaje corto y despiadado que golpetea repetidamente, sin tregua, y arranca crujidos del casco y de las cuadernas con chasquidos de costillas rotas. Por fortuna, la goleta se comporta dócilmente al timón, y parece más ágil que nunca. Tendrá mala fama el pampero, pero nos hace volar sobre el oleaje; y los chubascos, que nos empapan de pies a cabeza, cierran los horizontes y nos protegen, encubriéndonos.

Clark, el piloto, me avisa que hemos rebasado Montevideo, y que a la madrugada rebasaremos la ensenada de Maldonado. Espero que los barcos de guerra portugueses no me salgan al cruce por delante ni me den trabajo antes de tiempo. Bastante preocupación me han causado las dos velas avistadas a popa por Kingsbury, hace dos horas, y cuyas presencias yo mismo comprobé, apareciendo unos instantes, iluminadas por el sol entre nubes y desapareciendo tras los chubascos repentinos y las reverberaciones de la luz sobre el oleaje. «Sin novedad», me indica

Kingsbury, imperturbable, ojeando con el catalejo. Su tranquilidad me pone, curiosamente, intranquilo. Ordeno a Jack Learthly, jefe de gavieros, que no desmaye en el trabajo, que mantenga a sus hombres en permanente manobra. La velocidad es, por ahora, nuestra arma de mayor eficacia. Porque si las velas avistadas responden al pabellón que sospecho, no habría contrariedad peor para mis planes. Y no sé si pudiera llevarlos adelante con los doce cañones de la goleta.

Vuelvo a mi cámara. Los bandazos han puesto todo en desorden. Rebusco mi libreta, mi tintero de bronce, y trabajo en mi diario, con varias páginas en blanco. Retraso explicable. Anoto: «El 15 de octubre de 1819 devolví la patente librada por el Directorio. El embajador en Buenos Aires, Thomas Halsey, me suministró, en su lugar, letras patentes firmadas por el general Artigas; y me comprometí a prestar servicios bajo su bandera. Remité mi parte a Halsey, quien a su vez lo trasladará a Artigas para que este jefe sepa qué barco y qué capitán se ha sumado a su lucha: goleta *Intrépida*, doscientas cincuenta toneladas, ochenta y un hombres, doce cañones. Comandante: John Blackbourne».

«El 17 de octubre debí zarpar de Buenos Aires, a punto de completar el rol, con leña insuficiente y con varias pipas sin agua potable. El motivo: fui declarado pirata por el gobierno de dicha ciudad. De haber demorado dos horas en zarpar, habría sufrido prisión, junto con mis oficiales. Desde uno de los barcos surtos en el puerto me dispararon con cañones de dieciocho libras. Ningún tiro hizo blanco, y logré salir sin otros contratiempos. Deben mis hombres, y debo yo, toda la suerte a la ductilidad de la goleta para utilizar la brisa y alcanzar la mitad del Plata en un tiempo que promovió gran contento en la tripulación

y la furia entre las autoridades del puerto bonaerense. Crucé a la orilla opuesta, con riesgo de aproximarme a Colonia, donde habría alguna polacra o un par de pedreros portugueses. Una racha favorable me permitió esquivar la zona dominada por ese puerto; y costeando hacia el oeste, busqué un fondeadero donde pudiese completar mi provisión de leña y de agua fresca. La operación sería igualmente peligrosa; pero forzado por la necesidad, tomé la decisión, ordenando al jefe de artilleros, David Smith, que se cargasen las piezas, y al contraamaestre Jonathan Hoove, de agallas probadas, que alistase a los fusileros; y dejando a mi segundo, Kingsbury, en vigilancia permanente dirigí la delicada expedición.

»Escogí seis hombres, buenos con el remo, los armé de fusiles, puse al mando a un cabo de cubierta, ordené arriar la lancha y completé su dotación con dos toneleros a cargo de cuatro pipas. Llevaban hachas, sierras, cuchillos y bandera de señales. La costa estaba desierta; la mañana era calma aunque nublada. La *Intrépida* había fondeado a un cuarto de milla, dando la proa a tierra, por venir de allí el viento. Observé durante varios minutos la ribera, todo a lo largo. Nada se movía; no se distinguía un alma, ni la silueta de animal alguno. Casi en línea con el bauprés, veía yo la desembocadura de un curso de agua mediano y las líneas amarillentas de la barra arenosa. Eran las bocas del Cufré. Lo sabía no por las cartas, con muchas carencias, por desgracia, sino a través de un tripulante enrolado en Buenos Aires como ayudante de carpintero, pues ése era su oficio declarado. Dijo llamarse Patrick Donagall, irlandés de nacimiento, con once años de residencia en la Provincia Oriental y conocimiento sobrado de la costa septentrional, especialmente de la que iba entre Colonia y Montevideo. Lo hice embarcar también en la lancha, di la señal de partida y, catalejo en mano, atendí la maniobra.

»Vi arribar la lancha, descender al cabo, a dos marineros, a Donagall y a los toneleros con sus pipas. Camina-

ron tierra adentro, junto al curso del Cufré, y se perdieron tras unos médanos. Pasaron diez, quince minutos; se cumplió la media hora sin nada digno de anotarse, como no sea el celo que ponían en su guardia los marineros que quedaron en custodia de la lancha. Habría transcurrido una hora cuando sentí disparos de fusil que provenían más allá de los médanos. Los guardias de la lancha prepararon sus armas y se escudaron con la embarcación. Yo alcé mi mano derecha, seña convenida con David Smith para que encendiese la mecha de uno de los cañones; oí que los hombres de la lancha abrían fuego y vi que reaparecían, moviéndose con gran trabajo, el cabo, sus dos escoltas y los toneleros, cargando pipas y haces de leña, sin tiempo para repeler el ataque de cuatro o cinco jinetes que hostigaban a mi gente. Por los uniformes y el tipo de cabalgaduras, quedaba claro que se trataba de una patrulla imperial; y me quedó claro, también, que no atropellaban contra la lancha, pues llevaban sus cabalgaduras de un lado a otro, como si hubiese surgido un elemento de diversión.

»Así era en efecto. El aludido Patrick Donagall corría en zigzag, se entreparaba, disparaba su fusil, y volvía a correr alejándose de la lancha, atrayendo a los agresores y permitiendo que todos mis hombres, alcanzada su embarcación, tuviesen posibilidades de fuga exitosa. Fue un acto de valentía y sacrificio que me impresionó. Donagall parecía dispuesto a canjear su libertad —y su salud— por el retorno de nuestros hombres, a salvo, y con la leña y el agua. David Smith soltó un cañonazo y yo un juramento, instando a Hoove para que en uno de los botes acudiese con ocho fusileros al rescate del irlandés. Jamás me hubiera perdonado dejarlo en aquella ribera hostil.

»No habían pegado los remeros de Hoove cinco golpes de remos, cuando ya la acción en la costa había cambiado. Fuese por el fuego empeñoso de los tripulantes de la lancha —que aún no se había movido—, fuese (y es lo que creo) por el cañonazo de Smith, que, acertando en

una orilla del Cufre, levantó arena y agua a pocas yardas de dos de los jinetes, o por descubrir el bote de Hoove dirigiéndose a tierra con respetable refuerzo de fusileros, volvieron rienda los imperiales portugueses y librando el escenario se perdieron tierra adentro.

»Pudo Patrick Donagall juntarse con la lancha, y ésta abandonar con presteza la orilla. Pero los gritos de Hoove, quien persistía en su apoyo, alertaron al cabo y a varios hombres de la lancha para que diesen cara a tierra, porque la partida imperial, desmontando en la línea misma de la orilla, apuntaba sus carabinas.

»No tuvieron oportunidad de hacer daño. Dos nuevos cañonazos asestados por David Smith los convencieron de que el paseo de primavera por las costas no beneficiaría sus imperiales pellejos. Y así, ya sin enemigos a la vista, retornaron a la *Intrépida* el bote y la lancha, completamos la carga de leña, y sobre todo, la de agua, y asistió el cirujano Hill a quienes habían recibido heridas, un marinero con un hombro rasguñado por bala de carabina, y Patrick Donagall con un sablazo en el antebrazo izquierdo. Nada grave, en ninguno de los dos casos. Kingsbury concedió ración doble de grog a los hombres de la lancha; y yo, menciones honoríficas en el cuaderno de bitácora y un reconocimiento especial a Patrick Donagall, a quien invité con un trago de brandy en mi cámara. Apuró de un sorbo su jarro de estaño, y sin querer extenderse sobre el asunto, y sin que le importase la herida, prolijamente vendada por el cirujano, saludó con cortesía y regresó a su puesto. Había aprendido, sin duda, la primera lección que oyó de mis labios cuando acepté su solicitud de enrolamiento: “Las plazas no se piden, se ganan”. Era seguro que no habría de pedirme más nada mientras durase el cruce-ro de la *Intrépida*.»

Arrecian los bandazos. Persiste el pampero. Suspendo las anotaciones. Prefiero evocar la figura de Patrick Donagall al irrumpir con arrogancia en la goleta, fondeada aún en Buenos Aires. Es buena forma de entretener esta navegación, cuya marcha nos ha hecho rebasar Maldonado sin que ninguna molestia, salvo la pamperada y el oleaje, se haya interpuesto hasta ahora. El teniente Kingsbury avistó por dos veces, con intervalo de cinco horas, las velas que me causaron inquietud y que por lo visto no desisten en su empeño de alcanzar la *Intrépida*. Si no afloja el pampero, les será difícil. Y yo tendré por fortuna inapreciable que se mantengan a la misma distancia, pues me repugnaría ver de cerca los cañones con que las naves de Buenos Aires pretenden castigar a quien han galardonado con el título de pirata. Pero así suele ocurrir en estas empresas.

«Lecor nos llamó bandidos, y también los señores de Buenos Aires»: con estas palabras se había presentado ante mí Patrick Donagall. Lo traía Lewis Clayton, experto oficial, ducho en reclutamientos. «Llegó en un bote construido por él, desde Colonia. Remó toda la noche, se deslizó de madrugada por el fondeadero, se amadrinó a la goleta y gritó “¡ah, del barco!”. Tendimos una escala, lo dejamos subir, y aquí lo tiene, señor capitán. Dice que quiere servir, yo le he advertido que el capitán Blackbourne no gusta de bisoños. Pero insistió, ya lo ve usted. ¿Qué hago? ¿Lo tiro por la borda, o lo cruzamos hasta Colonia?»

Contuve la dureza de Clayton, y luego de una seña, me dejó frente a frente con el recién llegado. Semblante de polizón no tenía; de chiflado o de perseguido por la justicia, tampoco. Me fui con él hasta la puerta de la cámara, saqué una libreta y sentándome sobre una escotilla cerrada, con un cajón de municiones por pupitre, remojé la pluma en mi tintero de bronce, y empecé a interrogar al muchachón, alto y huesudo, manteniéndolo de pie.

«Nombre, ciudad, oficio», hablé.

«Patrick Donagall, veinticuatro años, carpintero.»

«¿De ribera?»

«Y también a bordo.»

«¿Por qué llegó hasta la goleta?»

«Quiero servir.»

«¿Sabe usted cuál es la bandera de mi barco?»

«Norteamericana. Han llegado varios a Colonia y a Buenos Aires.»

«¿Quién le informó de nuestro arribo?»

«Un muchacho que vino de Baltimore y a quien usted licenció. Dijo llamarse Anthony Fields.»

Lo miré fijamente. Decía la verdad y conocía que en la *Intrépida* había una plaza vacante.

«¿Qué más le informó Fields?»

«Que salieron de Baltimore como barco de carga y pasaje, y que en alta mar sacaron armas, hicieron ejercicios de tiro, y adiestraron a la tripulación.»

Dejé de escribir y levanté la vista. De nada valía andar con rodeos. Si había remado toda una noche no era por lograr puesto en un mercante ni para satisfacer sus deseos de viajar, propios de la juventud impetuosa, o incauta. Entre tantos hombres como había enrolado Clayton, a la fuerza o con maña, la presencia de un voluntario me halagaba. Resolví proseguir el interrogatorio con mayor exigencia, disimulando mi halago, y probando sus reacciones. Su acento, cerrado y áspero, no me engañaba. Sin embargo, le pregunté:

«¿Nacido en Inglaterra?»

«No, señor. En Skerries, cerca de Dublín. Soy tan irlandés como Campbell, de quien habrá oído hablar.»

Su insolencia acicateó mi curiosidad. Había oído de Campbell, por cierto; el teniente Kingsbury, hombre informado, se había referido a aquel irlandés, individuo legendario, europeo juzgado por la revolución contra las monarquías de Europa en las regiones platenses.

«¿Desde cuándo vive en la Provincia Oriental?»

«Desde 1807.»

«¿Con quiénes llegó tan joven al Plata?»

«Con la escuadra del comodoro Popham. Yo era aprendiz de carpintero en la fragata *Encounter*, de catorce cañones.»

«¿Cómo se desvinculó?»

«Abandoné el servicio cuando la escuadra estaba fondeada en Maldonado, semanas después de la toma de esa ciudad.»

Levanté otra vez la vista. Había calma en el puerto. Avanzaba la tarde, el cielo se cubría de un nublado parejo y espeso, presagiando cambios bruscos en el clima. Flotaba un olor en que se mezclaban los múltiples aromas portuarios y los de las frutas y los alimentos que mis hombres acarreaban en la *Intrépida*. Golpeando con la pluma la hoja de mi libreta, susurré la palabra bajo cuyo efecto había visto enmudecer y acobardarse a tantos: «Desertor».

Me miró con altanería y reprimiendo a duras penas sus ganas de alzar la voz, me contestó con un torrente de palabras, diciendo que cortar lazos con los ingleses no era, para él, deserción; que no había podido sufrir las tropelías de la gente de Backhouse en Maldonado ni el saqueo de tres días y tres noches contra un poblado indefenso, ni las hipocresías de una nación que se tenía por la más civilizada de la tierra. Mientras descargaba su odio contra los ingleses, yo lo escudriñaba procurando adivinar cómo había vivido desde entonces en una comarca azotada por tumultos, revoluciones, invasiones. O se había recluso en el interior, sobreviviendo por gracia de la caridad pública, o de su oficio, o había formado su carácter endureciéndose, como Campbell, en continuos combates. Pero Campbell era hombre hecho y derecho, si los datos de Kingsbury acertaban; y Patrick Donagall, apenas un jovencito durante esos años sangrientos.

«No estamos jugando», le dije con severidad, «la *Intrépida* no es barco de recreo, ni traslada señoritas. Me interesa, por sobre todo, un punto: ¿qué experiencia de mar ha hecho? Necesito hombres que sepan saborear el agua salada, y que hayan olfateado de cerca la pólvora.»

«Serví en el bergantín *Nancy*, al mando de Richard Leech, en 1814; y el *Nancy* integraba la flota de Brown.»

«Cualquier espía de Lecor puede decir lo mismo», lo interrumpí con aspereza.

Entonces abrió su camisa desnudó un brazo, un hombro y enseñándome las cicatrices, me habló de que, poco antes del combate del Buceo, el *Nancy* luchó contra el español Romarate en las inmediaciones de la isla Martín García, y que allí fue herido. «Ocurrió conmigo lo que con tantos marineros, las maderas reventadas por las balas saltan por todas partes, hechas astillas, son como dardos, se clavan en la carne, desgarran, cortan tendones y músculos, y si uno no se va en sangre, pasa meses llagado, entre dolores que no deseo a nadie. ¿Qué hombre de mar está libre de esa peste? Nadie lo ignora, y usted menos que nadie, señor capitán.»

Mantuve silencio, observándolo con sosiego y procurando que en mis ojos asomase un destello de comprensión. Le escuché relatarme cómo lo trasladaron, medio muerto, a Colonia; que en aquella ciudad, los patriotas lo cuidaron; y que una familia, apiadándose, lo condujo semanas después a una casa de campo, en las afueras, donde demoró casi un año en sanar, pues le costó mucho recuperar los movimientos de su brazo. Pasó el año 15, y el 16 lo encontró aún convaleciente, sin poder enrolarse en la goleta corsaria *República Oriental*, al mando de Richard Leech, su antiguo capitán. Pero esta vez tenía una nueva oportunidad, y no quería por nada del mundo quedarse en tierra, donde no era tan bueno como en cubierta. «Póngame a prueba, señor capitán; y si no soy apto, lárgueme en cualquier puerto.»

Le respondí que conocería su destino en el término de una hora, previa consulta con mi segundo, el teniente Kingsbury, y con Lewis Clayton, oficial de reclutamiento. Y encomendando a un marinero que lo custodiase pistola al cinto, hice restallar en sus oídos aquello de «las plazas,

ganarlas, no pedir las», cerré la libreta, recogí los enseres de escribir y volví a mi cámara.